

HOMILIA DEL R. P. AGUSTIN ARREDONDO EN LA MISA DE SAN FERNANDO, PATRONO DE LOS AMIGOS DE LA CIUDAD CATOLICA

La primera lectura que acabamos de oír nos ofrece la metáfora de una chispa, repetida en otras páginas de la Sagrada Escritura. En ellas se expresa, en ocasiones diversas, las también diversas propiedades de una chispa, que nos dan pie a la construcción de una parábola como son las evangélicas, instructiva como ellas.

Una centella, en efecto, es diminuta, es brillante, es dinámica para bien y para mal, es pasajera y es extingüible.

«Amables son todas las obras del Señor, y eso que no vemos más que una chispa» nos ha dicho el Eclesiástico (XLII, 23). «Brillarán los justos —dice el libro de la Sabiduría (III, 7)— y se extenderán rápidamente como chispas en la paja». En cambio, «la lengua fuego es pequeño» dice Santiago (III, 5), y «qué seña tan grande incendia». En fin, el pábilo se extingue, pero no será el Stervo de Iahvé quien lo, apagará (Is XLII, 3), antes sembrará por doquier la mansedumbre, la paz y la misericordia. Y a su vez, por el contrario, puede la atonía y la pasividad hacer que la chispa acabe por apagarse y perder su potencial voracidad, contra la intención de Cristo de que arda el fuego que El trajo a la tierra (Lc XII, 49).

Y este pequeño dinamismo luminoso, rápido y voraz, nos alienta hoy contra la apatía y la indiferencia, al apreciarlo en la lectura recién oída del Evangelio, en la biografía de Fernando nuestro Patrono que hoy nos ha traído aquí, y en el cotidiano quehacer de los amigos de la Ciudad Católica.

En efecto, acaba la centella de Cristo de atravesar la ciudad de Jericó (Mc X, 46), cuando se encuentra con un ciego nada sensible a la luz del mundo (Io IX, 5) que por allí pasaba, si no es porque lo oye decir (que cuando la luz es la de Cristo no es necesario verla con los ojos, y basta creerla racionalmente por la fe). Entonces la chispa se aviva: a la vista de todos luce con la realización de un milagro; y de un milagro que en este caso consiste precisamente en aumentar la luz de aquel ciego que allí recibe la vista. Pero aún es concebible un efecto más espectacular de aquello que empezó con una chispa; porque el oír y ver queda incompleto si no se traduce en frutos de buenas obras por las que dijo el Maestro que se conoce a la gente (Mt VII, 16 ss.). Más milagroso que dar la vista puede ser convertir y reformar un corazón. Por eso acaba la historia de esta centella con el hecho de que aquel ciego de quien primero se habla dicho que estaba sentado al paso de Jesús, se acaba ahora diciendo que una vez socorrido por El «lo seguía por el camino».

Chispa también por su parte es el surgir Fernando en la vida, hijo de un matrimonio que no lo era (aun sin culpa de nadie), presentándose en el mundo consiguientemente «sin tener por qué». Legitimado y todo después, podríamos también decir, en otro cierto sentido, que por una chispa no se queda sin Fernando España, la Iglesia y la Historia.

Verdad es lo combustible del siglo XIII español por dondequiera que se le mire. Para Fernando lo había hecho Dios, como Fernando

para él. La fe es lo primero que arde en el ascua intrusa del nieto del Rey de las Navas de Tolosa; y el afán heredado de dominar con la fe la España islámica le conducirá sin parar a Murcia, Baeza, Jaén, Andújar, Córdoba y al fin Sevilla. Religiosa, sin más, es su asombrosa gesta militar, que se resiste alguna vez a emplearse contra reyes cristianos, y que sortea a duras penas la guerra que le declara su mismo padre Alfonso IX de León. Tal es el sedicente caballero de Cristo, siervo de Santa María, alférez de Santiago, como él mismo lo consigna, enfermo ya de muerte, en el fuero de Sevilla. Y tal conciencia tenía de ello cuando invitado por su también santo primo, hermano Luis de Francia a marchar a la cruzada de Tierra Santa, le contesta negativamente alegando precisamente la cruzada hispana en que él se debatía.

Las cosas grandes sólo pueden salir de un alma grande; y grandes eran en Fernando las cualidades humanas y sobrenaturales que en los documentos contemporáneos se refieren. Su intensa religiosidad se asentaba sobre una humanidad pura, recta, caballerosa aun con sus enemigos, cumplidora de la palabra dada, no violenta por costumbre, sabia para el gobierno, confiada en su gran madre, Berenguela, a cuya habilidad debía también la corona de León; austera en el trato de sí mismo; y «no conocedora del vicio ni del ocio», según nos deja escrito su hijo el Rey Sabio.

Esto explica asimismo que Fernando no fuera santo solamente en la guerra, la cual, por cierto, estaba de su parte tan influida por tamaña virtud, que en ocasiones sólo conquistó ciudades después de duradero cerco, por el hecho de que así causaba menos daño a la población que si entrara en ella a sangre y fuego. Pero no por verse tan absorbido por los afanes de la guerra descuidaba las exigencias de la paz en sus vastos dominios. Porque ingente fue también en ese aspecto su obra.

Con la previa traducción del Fuero Juzgo al castellano, la creación de su cuerpo consultivo, la administración de justicia llevada a cabo personalmente cuando era posible, la creación de la Armada que va con Bonifaz a sitiar Sevilla por el Guadalquivir, y el trato con dominicos, franciscanos o mercedarios, así como con la jerarquía episcopal para la extensión y fomento de diócesis y monasterios, muestra esa ausencia de ocio y de vicio con la que cualquier empresa no tiene más remedio que ser próspera.

También las artes se crecen hasta alcanzar el gigantismo de nuestras mejores catedrales; y la cultura se eleva ante Europa emitiendo profusamente el saber humano y divino desde la entonces fundada universidad de Salamanca. Inextinguibles llamaradas para siglos venideros, que no impiden, sino fomentan más brasas desprendidas, no menos bellas por menos espectaculares, de la cantiga poética, la guitarra o el ajedrez; miniaturas estas que adornan y perfeccionan esta extraordinaria biografía.

Por último nuestro humildísimo remedo, inspirado en San Fernando, y ofrecido a su amparo y protección: la Ciudad Católica.

Chispa también en el origen de su vida hace ya tres decenios, lejos de haberse extinguido fugazmente, la Ciudad Católica «crescit eundo», marchando aumenta, interesa, es oída y leída, convoca amigos a quienes enriquece, y de quienes desde el principio recibe ánimos, ideas y confirmación que apoya y fomenta más y más su iniciativa.

El ascua de la Ciudad Católica debe su vitalidad a dos cosas. La primera es la verdad que posee y difunde; precisamente para la verdad están hechas las inteligencias; y los que verdaderamente la buscan, la logran. Pero nuestra verdad no es ni podía ser otra que la verdad cristiana. Cristo dijo que El era la verdad (Io XIV, 6), y que sin El no podíamos hacer nada (Io XV, 5). De aquí que, más aún que por la humana inteligencia, atribuyamos a su gracia lo adquirido, y en ella esperemos estribar para todo ulterior progreso. Con unas décadas de paciencia y voluntad por nuestra parte, que sin su impulso sólo somos la nulidad del que planta y el que riega (I Cor III, 7). Pero nos esforzamos porque nuestra semilla sea la palabra de Dios (Ec VIII, 11), y esperamos como el labrador «el precioso fruto de la tierra, puestos en él los ojos con longaninidad; en tanto que recibe la lluvia temprana y la tardía» (Iac V, 7).

Mire San Fernando con complacencia nuestro modesto fruto; satisfecho lo entregue a su Capitán Cristo; únale Cristo a su sacrificio que estamos viviendo aquí, para gloria del Padre; y en retorno llene de bendiciones nuestro trabajo, con que se cristianice la vida pública y se imponga por doquier un auténtico orden social cristiano.

DISCURSO DE MIGUEL AYUSO

MEDITACIÓN SOBRE LA CIUDAD CATÓLICA

Queridos amigos:

Tras una de mis escasas ausencias a las reuniones de los martes, se me ocurrió preguntar ingenuamente a la semana siguiente: «¿Quiénes van a hablar este año en San Fernando?». Inmediatamente, con inocencia fingida, fui informado del programa: «¡Ah! ¿Es que no lo sabes? Paco Pepe y tú». Como tengo amplia experiencia de la inutilidad de cualquier defensa posterior al hecho consumado —amigos, esa es la lección, hay que ir todos los martes—, y sin resistirme, me hice a la idea y me puse inmediatamente a pensar en qué decirlos.

En mi segunda intervención en estas cenas tan gratas —de la primera hace trece años—, no me apetecía ni el esbozo de traslación histórica a nuestros días de la figura del santo patrón, ni el discurso doctrinal sobre los fundamentos de la acción de Speiro, que son —a no dudarlo— los géneros más fructíferos para la ocasión.

He preferido, por el contrario, hacer una reflexión en voz alta. Por eso, las observaciones me las dirijo a mí mismo antes que a nadie. No doy golpes en vuestros pechos, ni mi autocritica —como tantas veces ocurre— quiero que termine por resultar crítica de los demás. Vaya por delante este reconocimiento, que explica también el tono de mis palabras, que no por sincero va a dejar de ser íntimo y cordial.

El punto de partida de la reflexión es la especificidad de nuestra obra. ¿Nos acordamos? Y no me refiero sólo a nuestra acción en sentido estricto, el que podríamos encontrar en las obras de Jean Ousset sobre el «sano laicismo del laicado cristiano» o en el método de trabajo del Office que él creó y al que hemos proclamado teóricamente nuestra adscripción sin que —creo— hayamos acertado a ponerlo por obra. (En cambio, permítaseme añadir, de pasada, que como